



que luego, cuando los hechos se manifestaran abiertamente irreversibles, investidos de todo el esplendor de su poderío, todo el mundo querría arrogarse el protagonismo de haber sabido intuir alegando, con desfachatez imperdonable, haber estado allí, en primera fila, siendo testigo de excepción de un suceso que no habría tenido por qué revestir la menor importancia ya que era, según todas las apariencias, de índole menor — aunque este particular hubo de quedar por lo pronto en suspenso ante las airadas protestas (que se admitieron, por cierto, contra todo pronóstico y en el acta está por si alguien tiene la curiosidad de echarle un vistazo) de los que adujeron que no era a las apariencias a lo que estábamos juzgando — habida cuenta de que consistió en algo tan cotidiano como lo es (y quién no ha vivido la experiencia alguna vez) el que un despertador no funcione.

No según todas apariencias y sí y tan sólo según las que resultaran a criterio de cada cual más relevantes una vez que serenados los ánimos se mirase atrás y se pudiera recordar todo lo acontecido desprovisto de la carga emocional que sin duda supuso allí, en el espacio original en el que sucedió y bajo el influjo de unas circunstancias muy concretas que nunca más volverían repetirse ni en presencia, por añadidura, de unos espectadores que no iban a olvidar, casi seguro, todo lo que debería llevarse en mente de manera ordenada y rigurosa con idénticos criterios de “rigor” y de “orden” que los que aplicarían los espectadores primigenios.